

MARCELO F. NARANJO VILLAVICENCIO

**LA CULTURA POPULAR  
EN LA PROVINCIA DE PICHINCHA**



## Presentación

“Yo en mi pueblo, cuando yo supe de enamorados, tenía diez y seis años. Fue un día viernes o sábado. Mi comadre tenía un cuñado de Esmeraldas y mi padre invitó a comer a todo el mundo en la finca, y papá tenía chanchos pero como había crecido el río, algunos no estaban. Por eso nos mandó mi papá a ver los chanchos a mí y a mis hermanas. Nosotras no caminábamos duro, no hacíamos bulla, porque decían que era malo, que se podía encontrar a la tunda o al diablo. Cuando ya volvimos, nos fuimos a bañar al río por donde se habían perdido los chanchos, cuando unos muchachos jovencitos, que estaban en el monte, vinieron, y uno de ellos me dijo: ‘bañémonos los dos, si nos hacemos sirenas nos

hacemos los dos’. Al final cogimos y nos bañamos. Ya nos conocimos, nos caímos bien. Él me empezó a mandar cartas, y yo le dije a mi mami: ‘¿qué se hace?’ Ella me dijo: ‘piensa’, pero yo no sabía qué era esto de pensar. Entonces fui a hablar con la segunda mujer de mi papá, porque mi papá tenía dos mujeres en la casa; y ella me conversó que pensar era saber si iba a aceptar o no al muchacho. Pasó el tiempo y a los dieciocho años vuelta me enamoré, pero ya sabía pensar y me casé...”

Para encontrar este texto no hemos tenido que trasportarnos a siglos anteriores, ni pasar revista de la literatura costumbrista latinoamericana, o refundirnos en el último rincón de la ruralidad

provincial. Simplemente tuvimos que escuchar con mucha atención, respeto y regocijo a una habitante del recinto Cabuyal, en el cantón Puerto Quito, región occidental de la provincia de Pichincha, quien testimoniaba de la forma más natural y espontánea una experiencia de su vida. Envueltos en la dinámica citadina y con el ritmo infernal de la vida moderna, estos relatos, mezcla de realismo fantástico e ingenuidad, ciertamente que aparecen a nuestros oídos como textos demasiado lejanos.

Es que nos hemos acostumbrado, o mal acostumbrado a pensar en la provincia de Pichincha desde la perspectiva de una centralidad geográfica y económica, que tiene como arquetipo a la ciudad de Quito, pero no a esa ciudad histórica, cargada de valores culturales y de todo tipo, forjada por sus habitantes a lo largo del tiempo, sino de una ciudad que pretende ser moderna, pero que en esta nueva dimensión ha cedido gran parte de su carácter, perdiendo de vista a esa “otra” e igualmente importante región provincial, que viene a constituir,

precisamente, todo lo que no es el Distrito Metropolitano.

Todo tipo de centralidad es criticable, como es criticable la posición asumida por ciertos municipios de grandes ciudades quienes, por un lado, juzgan acremente el centralismo y por otro reciben grandes sumas de dinero de todos los ecuatorianos para ser administrados por las famosas fundaciones y cuyo destino no es precisamente el bienestar de los más necesitados. Es criticable también el que se piense que más allá del núcleo central, la cultura, como valor universal, inherente al ser humano no pueda estar presente.

Por fortuna, el enorme valor de la oralidad, entre otros elementos, extractada de la más profunda sabiduría popular, enraizada en la Cultura Popular, aún sigue presente, aunque nos empeñemos en restarle valor y vigencia. Coincidimos absolutamente con las palabras de Joaquín Díaz, quien a propósito de la tradición oral manifiesta que: “Sería interesante recuperar la palabra como punto

de encuentro y fusión de los distintos pensamientos; retomar el placer de la expresión verbal, la importancia de la voz como eco sonoro de la imaginación humana y el reconocimiento de un oficio tan viejo como necesario: el de comunicar lo vivido para que sirva de ejemplo a los que han de venir”.

La provincia de Pichincha, de la misma manera que la totalidad de la regiones de la patria, sigue siendo una cantera inagotable de este tipo de manifestaciones. Lo que sucede es que por erróneas interpretaciones de ciertas corrientes modernistas, y más aún, por las novelorías posmodernistas impulsadas desde ciertas autocalificadas como muy prestigiosas tribunas del conocimiento, se mira con recelo este tipo de expresiones culturales, y se invisibiliza a sus actores y a sus contenidos, sin haber tenido el menor contacto con estas expresiones culturales, y a las cuales, de facto se les resta todo tipo de valor y trascendencia.

Aún más, se sigue haciendo un odioso discrimen entre la

cultura popular, a la que se le quita valor y la “otra cultura” de corte académico y de expresión formal, desconociendo, que las expresiones de los seres humanos no pueden y no deben ser jerarquizadas, sino de lo que se trata es de reconocer sus diferencias, las mismas que se derivan de sus matrices históricas y sociales en donde se fraguaron. Cualquier adjetivación en este sentido está fuera de lugar, y desconoce un antiguo e importante postulado dictado por la Antropología Cultural desde hace ya muchos años, en el sentido de que “no hay culturas mejores ni peores, sino diferentes”.

Este tratamiento discriminatorio en relación a la cultura popular, en el trasfondo revela algunos hechos significativos: en primer lugar una incapacidad manifiesta por aceptar a los “otros” no como antagónicos sino como diferentes; a la otredad se la considera como algo intrínsecamente malo; en esta visión los estereotipos negativos han sido elevados a la categoría de preceptos justificativos para el mantenimiento de esa visión; en

segundo lugar, también hay un desconocimiento del profundo valor de la oralidad, de una oralidad que ha permitido la continuidad de muchas manifestaciones culturales desde épocas pasadas hasta el presente, las mismas que han sido readecuadas y refuncionalizadas por los nuevos actores sociales que se alinean con estas manifestaciones culturales. Finalmente, y quizás como uno de los elementos más significativos, la reacción adversa contra esta expresión cultural, mantenida desde ciertos conglomerados sociales, autocalificados como “cultos” no es otra cosa que la materialización de un desprecio encubierto, ejercido por una sociedad racista, por todo lo que directa o tangencialmente tenga algo que ver con los indios o afros, o con los estratos sociales populares de ascendencia indígena o afro.

En líneas anteriores habíamos manifestado que no es necesario remontarse a espacios recónditos de la geografía provincial para encontrar significativas expresiones culturales como la acotada al inicio de esta presentación,

como tampoco es indispensable salir de Quito para presenciar trascendentales manifestaciones de la religiosidad popular como la “Yumbada de la Magdalena o el pase del Niño de Cotocollao”, solamente para señalar dos de las múltiples manifestaciones de la cultura popular que tienen como escenario a la ciudad. Lo que sí es necesario es “tener ojos” para contemplar estas expresiones culturales, no como actos de un folklor descontextualizado, sino como legítimas representaciones culturales con un contenido simbólico profundo.

Por otro lado, los múltiples talleres artesanales que se encuentran en Quito y en menor medida en otros lugares de la provincia de Pichincha, siguen siendo los espacios en donde las hábiles manos de artesanos y artesanas, en su labor cotidiana, la mayoría de veces desconocida e ignorada, siguen elaborando un sinnúmero de objetos de la más variada índole, pero con una vocación especial. En palabras de un orfebre, y en referencia a su actividad manifestaba que: “lo

fundamental del diseño es que es parte de mis vivencias, de mi cultura, de mi misma vida”, es decir, es un trabajo que trasciende la mera materialidad del trabajo, y que se convierte en un acto en el cual está en juego su propia existencia.

Y qué decir de las otras regiones circundantes a la ciudad de Quito, en donde las diversas expresiones culturales siguen vigentes y tienen gran trascendencia para los distintos colectivos sociales en donde ellas se manifiestan. A contadas horas de la capital, y en los diferentes páramos que integran la geografía de la provincia de Pichincha, mora un personaje legendario, el chagra, un verdadero Martín Fierro serrano, quien diariamente pone su empeño y coraje para domeñar al páramo y hacerlo un lugar de vida para él, su familia y sus animales, atravesando incontables vicisitudes, todas ellas sorteadas por sus habilidades de extraordinario jinete, un gran coraje y un enorme conocimiento tanto de la naturaleza como del comportamiento del ganado que está bajo su responsabilidad.

Ese chagra que algunas veces es suplantado y descontextualizado en algunas festividades para consumo del turismo, en su hábitat es un incansable peleador de la vida y continuador de su acervo cultural, lo que le ha convertido en el señor de los páramos, sin embargo su existencia, paradójicamente, es tan poco conocida en los ámbitos ciudadanos.

Si las manifestaciones culturales del chagra son tan ricas en contenido, en un contexto semi urbano, la parroquia de Alangasí, con ocasión de la Semana Santa, se convierte en un extraordinario escenario de religiosidad popular en donde las fuerzas del mal, representadas por el diablo, momentáneamente se apoderan del lugar y concomitantemente de la iglesia, hasta que el poder de la divinidad triunfa a través de la resurrección de Jesucristo y lucifer es condenado a morir quemado en la plaza pública en medio del regocijo de los participantes. Este acto ritual de enorme riqueza simbólica se lo lleva a cabo año tras año con gran solemnidad.

Del mismo modo, la celebración de San Juan de Cumbayá, fiesta de enorme color y regocijo, en donde se congrega una enorme cantidad de payasos y otros personajes, tiene ocurrencia entre el asombro de los recién llegados a urbanizar el valle y la alegría y unción de los nativos del lugar, que la vienen manteniendo desde épocas muy antiguas.

Las alusiones realizadas a estas expresiones singulares de la cultura popular representan muy contados ejemplos de su rico repertorio, las cuales se podrían multiplicar de forma considerable si tomamos en cuenta las múltiples facetas que ella abarca, de allí que resulta hasta cierto punto irónico, por decir lo menos, algunos de los esfuerzos conducentes a la búsqueda y encuentro de una identidad nacional, cuando una gran expresión de ella está impregnada en la cultura popular, a la cual sistemáticamente se la niega o se le resta importancia.

Pero no todas las expresiones de la cultura popular han podido ser mantenidas. El avance incontrollable de la modernización y el

proceso de urbanización, con todo lo que ello significa han actuado de forma negativa en varios contextos. Hasta ciertos personajes míticos ya no tienen vigencia en las condiciones actuales de vida. Los moradores de Zábiza ya no pueden hacer la peregrinación a la colina que domina el asentamiento, lugar donde se aparecía San Miguel Arcángel, patrono del poblado, porque ella ha sido urbanizada. El resplandor de su espada ha sido reemplazado por el brillo de los vidrios decorativos de los edificios que han ocupado su lugar.

Finalmente quisiéramos destacar también que en el caso de la provincia de Pichincha, la dimensión histórica de la cultura popular tiene una importancia muy especial ya que, uno de los pilares sobre la que se ha edificado es el Arte Quiteño, el cual, si bien en su origen tuvo una influencia netamente europea, no es menos cierto que con el andar del tiempo, y debido a las innovaciones introducidas por los artesanos locales, también fue desarrollando una estilística propia, que ha sido

recogida por los actuales artesanos quiteños. Si bien este hecho es muy significativo en sí mismo, también lo es en el sentido que nos ilustra el contenido dinámico de esta expresión cultural. Sin temor a equivocarnos podríamos afirmar que una de las características más emblemáticas de la cultura popular, es su carácter siempre cambiante, motivado por la dinámica de sus actores, y como se diría en el refranero popular: “para muestra basta un botón”, la enorme diversidad de las expresiones musicales populares existentes, representan una clara ratificación de lo que venimos afirmando.

Precisamente de todos estos temas y de otros más, en forma seria y rigurosa, pero no pretenciosa hablamos en los volúmenes que en esta noche se están presentando. Con ellos queremos rendir tributo a esa enorme constelación de cultores de las múltiples expresiones de la cultura popular en la provincia de Pichincha, quienes tuvieron la enorme bondad de contribuir con nosotros con sus conocimientos, generosidad, vivencias, testimonios y una paciencia sin límites. Nos hemos esforzado por ser fieles intérpretes de la información por ellos consignada. |